

# Hijas de familias lesboparentales: articulaciones desde una mirada feminista crítica

Jimena de Garay Hernández y Marcio Rodrigo Vale Caetano\*

••

**Resumen:** En este texto presentamos la forma en que llevamos a cabo una investigación con 13 hijas de familias lesboparentales en Río de Janeiro (Brasil) a partir de una epistemología feminista crítica. Esta perspectiva permeó todo el proceso de investigación: el análisis de la temática y sus implicaciones en los flujos sociales que tienen que ver con familias, géneros y sexualidades, la elección de las sujetas a partir de la articulación género-generación-orientación sexual, las técnicas dentro del campo y la producción del conocimiento de forma colectiva con las sujetas de la investigación.

*Palabras clave:* familias lesboparentales; epistemología feminista; articulaciones; hijas

**Abstract:** In this paper, we present the way we carried out a research with 13 daughters of lesboparental families in Rio de Janeiro (Brazil) from a critical feminist epistemology. This perspective permeated the entire research process: the analysis of the thematic and its implications for social flows that have to do with families, genders and sexualities, the choice of the subjects from the gender-generation-sexual orientation articulation, the techniques within the field and the production of knowledge in a collective way, with the subjects of the research.

*Keywords:* lesboparental families; feminist epistemology; articulations; daughters.

**Recibido:** 29/03/2015 **Aceptado:** 19/09/2015

## Introducción: Mirada feminista

El presente texto proviene de una investigación realizada en 2011 y 2012 en Río de Janeiro (Brasil) con hijas de familias lesboparentales, es decir, aquellas donde la parentalidad es ejercida por una lesbiana o por una pareja lésbica. Trece hijas, con edades de los cinco a los 50 años, así como algunas de sus madres, participaron de la investigación. El objetivo de este texto es expresar de qué forma la epistemología feminista permeó y constituyó el proceso de la investigación psicosocial. Consideramos a las hijas, que crecen o crecieron en dicho contexto familiar, dentro de la articulación de género-generación-orientación sexual que las convierte en blanco de

---

\*. (degaray@hotmail.com) Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Brasil. Marcio Rodrigo Vale Caetano (mrvcaetano@gmail.com) Universidade Federal do Rio Grande. Brasil.

muchos discursos que pocas veces contemplan sus prácticas y perspectivas. Dicha articulación, a pesar de que pueda tener efectos múltiples, está muy marcada por patrones en nuestra sociedad y se asocia a diversas prácticas de desigualdad. A partir del compromiso con la epistemología feminista y los nuevos estudios de infancia y juventud, pretendimos usar esta investigación como dispositivo de desestabilización del sujeto universal que históricamente se ha constituido como hombre, blanco, heterosexual y adulto (Rabello, 2008).

Esta mirada nos permitió observar los diferentes procesos del «devenir sujeta» de las integrantes de las familias lesboparentales que formaron parte de esta investigación, especialmente las hijas. Entendemos por «devenires subjetivos» a los flujos que se instauran a través de los individuos y de los grupos sociales (Guattari y Rolnik, 2011). En el campo social donde estas hijas se desenvuelven y se producen, marcado por una falocracia, ese devenir hija de una familia no fundada en y/o mantenida por una relación heterosexual, no dependiente de un hombre y, sobre todo, de la diferencia de los sexos, se constituye en la cotidianidad como un proceso, un movimiento, un tránsito, una serie de posibilidades.

La investigación estuvo permeada por la epistemología feminista crítica, que según Diana Maffia (2008), a partir del impacto con el posmodernismo, critica la dicotomía antagónica, argumentando la complejidad de las interacciones, la sexualización de las características de las personas, niega la esencialización de los cuerpos sexuados, la jerarquización de los espacios y los atributos humanos, contradiciendo el discurso de que algunos aspectos de la vida humana son más importantes que otros. Para bell hooks (1984), esta perspectiva se propone desenraizar cualquier tipo de opresión de una colectividad por cuestiones como raza, género, orientación sexual y generación. También indica que en la búsqueda de la complejización del entendimiento de las relaciones de género, el feminismo crítico deja de lado la visión del feminismo hegemónico, que partía principalmente de mujeres blancas, urbanas y heterosexuales y que establecía que todas las mujeres vivían exactamente las mismas condiciones de desigualdad (hooks, 1984).

Cabe hablar aquí sobre el contexto actual en el cual se insertan las sujetas de la investigación, la mayoría de clase media-baja y media. Brasil, como el resto de Latinoamérica, se caracteriza por una herencia colonial cuyas consecuencias en la desigualdad de las relaciones sociales, económicas y raciales continúan muy presentes. Igualmente, tiene una historia reciente de dictadura civil-militar, después de la cual se han hecho importantes avances en materia de Derechos Humanos, pautados por la Constitución de 1988, los cuales no han dejado de establecerse en medio de grandes disputas. En el momento de la investigación, se estaban dando importantes pasos con respecto a los derechos de la población LGBT, entre ellos, el reconocimiento de matrimonio entre personas del mismo sexo por parte del Supremo Tribunal Federal en 2011. Igualmente, observamos un tejido social de gran desigualdad y creciente conservadurismo, al tiempo en que se articulan avances en la visibilidad de las familias lesboparentales, incluyendo gran producción académica, literaria y mediática.

### **Marco teórico: lesboparentalidad, un tema feminista**

Para entender el tema e importancia de esta investigación, fue fundamental reconocer la labor del feminismo al discutir al respecto de la naturalización de la familia, al negar la concepción de que ésta es una unidad natural e insistir en que las relaciones familiares, aparentemente definidas por el amor y el cuidado, están configuradas a partir del poder, constituyéndose como relaciones políticas (Maffía, 2007). Esta autora apunta que los conflictos familiares generalmente se resuelven al suprimir o intentar suprimir la voluntad de uno de los miembros de una forma jerarquizante y autoritaria, donde el hombre está encima de la mujer y las personas adultas están encima de las jóvenes. Esta lógica aristotélica de binarismo jerárquico niega a las mujeres, niñas y niños el derecho a la autonomía y estigmatiza grupos que no forman parte de la «normalidad» o la «naturalidad», tales como las familias lesboparentales. El binarismo es el pilar de una sociedad y un Estado que producen una omisión y una acción: no toman en cuenta las diferencias y, en seguida, las consideran para inferiorizar grupos y personas (Maffía, 2007).

Así, las ideas hegemónicas de familia y matrimonio han sido alteradas por las feministas. Al afirmar que las familias son instituciones sociales y, por tanto, mutables, el movimiento ha criticado profundamente al patriarcado moderno y al control de este en la definición de los roles dentro de ese grupo social (Scott, 2005) y ha desmitificado a la familia basada en lógicas jerárquicas no igualitarias vinculadas al sexo y a la edad (Mello, 2005), democratizando el matrimonio (Vale de Almeida, 2007) e incluyéndolo en el lenguaje y en el ejercicio de los derechos (Rios, 2007; Carrara y Vianna, 2008). Igualmente, algunos análisis etnometodológicos y antropológicos han contribuido en la desnaturalización de la institución familiar, mostrando que, a pesar de su hegemonía simbólica, la familia burguesa nuclear androcéntrica y heteronormativa nunca fue la regla (Miskolci, 2007).

Por su parte, el tema de la lesbianidad no fue siempre abrazado por la discusión feminista hegemónica. Guilherme Almeida (2005) expone que el movimiento feminista criticó la reproducción del machismo en las relaciones homosexuales, manifestada en la dicotomía activa(o)/pasiva(o), femenina(o)/masculina(o). Al mismo tiempo, las lesbianas criticaron al movimiento feminista por dejar de lado la cuestión de la orientación sexual. Para Gloria Careaga (2011), la evasión del movimiento feminista de este tema puede venir de una necesidad de quitar el estigma de que las feministas son lesbianas, o de «pruritos morales», o de la distancia que el feminismo estableció con el tema de la sexualidad para hacer un análisis del conjunto de la realidad social – como si la sexualidad no formara parte de aquella –. Con esto, como apunta Almeida (2005), el movimiento feminista marcaba una visión heteronormativa, además de olvidar una idea central del feminismo: «lo personal es político». Así, es interesante ver la orientación sexual como un asunto público y la lesbianidad como una identidad política, no solo como una práctica sexual (Almeida, 2005), rompiendo la dicotomía de público/privado. He ahí la importancia que el movimiento de lesbia-

nas ha dado al *coming out* en los servicios públicos y en los diferentes movimientos sociales.

Adrienne Rich (2007) apunta que las feministas heterosexuales muchas veces estuvieron marcadas por el heterosexismo, el cual se expresaba en la invisibilización de las experiencias lésbicas al hacer pocas alusiones a ellas y sus relaciones, y al realizar un paralelismo acrítico con experiencias heterosexuales u homosexuales masculinas, abatiendo la visión política de la lesbianidad. La autora señalaba que la heterosexualidad obligatoria es una institución en la cual las mujeres son controladas, junto con la explotación económica, la familia nuclear y la maternidad en un contexto patriarcal, es decir, en la configuración de un diagrama de fuerzas donde son ejercidos varios tipos de control sobre el cuerpo de la mujer. Es, por lo tanto, necesaria una crítica feminista a la heterosexualidad obligatoria.

Por su parte, el movimiento de lesbianas, gays, bisexuales y transgéneros (LGBT), generalmente liderado por hombres *gays*, también ha tenido complicaciones para integrar las agendas de las lesbianas en su lucha, mostrando un machismo difícil de erradicar. Las relaciones ríspidas entre los movimientos feminista, lésbico y LGBT sugieren que la condición de experimentar uno o varios tipos de subalternidad no implica una reflexión sobre otros de esos tipos, obstaculizando una elaboración conjunta de un proyecto de sociedad donde la diferencia no justifique la desigualdad. Una sociedad que no coloque a nuestras sujetas de investigación, mujeres, niñas y jóvenes, hijas de familias lesboparentales, en una posición de menor valor. Como propone Avtar Brah, proyectos como el feminismo y el movimiento LGBT no pueden «movilizarse como fuerza política transformadora sin comenzar con la propia interrogación acerca de los valores y normas internamente asumidos que pueden legitimar la dominación y la desigualdad naturalizando “diferencias particulares”» (2004:122).

En la presente investigación, esa cuestión apareció como importante para varias madres, tales como Julia<sup>1</sup>, de 40 años, comunicóloga, e Ingrid, 33 años, guardia municipal, quienes consideran importante no solo manifestar su orientación sexual en la escuela de su hija Dakota, de nueve años, en su edificio, en la calle, y en todos los espacios en los que circulan, sino también visibilizar su configuración familiar. Sin embargo, eso resulta limitante para otras, tales como Olga, de 31 años, estudiante de psicología, madre de Claudia, de 16 años, que prefiere no tratar esa cuestión en dichos espacios. Esa situación también puede ser conflictiva para algunas hijas, como Gisele, de 16 años, que reconoce que le daba vergüenza ser vista en la calle con su madre Gabi y su primera compañera. Ya para otras, como Camila, de 13 años, su pertenencia a esa familia es una de sus banderas de reflexión política. Por *lo tanto*, *el coming out* no apenas como lesbianas, sino como hijas de familias lesboparentales, es un proceso que transita entre lo público y lo privado, a partir de la experiencia cotidiana de las relaciones sociales.

---

1. Los nombres usados son ficticios.

La experiencia cotidiana es entendida por Avtar Brah(2004) como construcción cultural, como proceso de significación simbólica y narrativa de posibilidad, como lugar de formación del sujeto, como espacio discursivo de cuestionamiento. Con esto, la perspectiva de Brah dialoga con la crítica que autoras y autores postestructuralistas más contemporáneos, como Félix Guattari, hicieron de algunas vertientes feministas que se redujeron al campo molar de las grandes políticas sociales y las diferencias sociales más amplias, no considerando los procesos de singularización que se llevan a cabo en el campo de lo molecular. Es por esto que nuestra apuesta en la investigación de la experiencia cotidiana de las hijas de familias lesboparentales se constituye como una elección política feminista de desmontaje de discursos hegemónicos.

Al centrarnos en el tema de la lesboparentalidad, observamos que este tiene relevancia, en el momento en que cuestiona el vínculo entre feminidad y maternidad. Esto puede verse incluso en la reivindicación del término «lesboparentalidad», que busca destacar las identidades políticas de las lesbianas que ejercen la parentalidad, al mismo tiempo que puede, de cierta forma, vaciar el concepto de «maternidad», que otros conceptos y posturas reafirman y esencializan. Este término puede marcar la especificidad de la experiencia lésbica dentro del campo de la homoparentalidad, que incluye, por ejemplo, una tensión entre la esencialización de la maternidad en las mujeres y el cuestionamiento a la femineidad de las lesbianas. Por lo tanto, de la misma forma en que es importante visibilizar el hecho de que las maternidades lésbicas representan una ruptura de la heteronormatividad en la constitución de familias no basadas en una pareja heterosexual, esas realidades pueden ser cooptadas por el discurso naturalizante de la maternidad, lo que podría significar un debilitamiento de la propuesta política del movimiento de lésbianas, que busca ampliar el abanico de posibilidades de ser y devenir mujer(es).

De esta forma, se sugiere problematizar la necesidad de legitimar la maternidad lésbica como una práctica específica, cuando parecería que la lucha debería ser la desnaturalización del vínculo entre la(s) orientaciones sexuales (y los géneros) y el ejercicio parental, ampliando todas esas nociones. Aparece aquí una tensión interesante: en la insistencia en continuar nombrando a las familias que no siguen el patrón heteronormativo, se podría reforzar que esas familias son esencialmente distintas a las otras y que, por lo tanto, necesitan y deben adoptar instituciones, como el matrimonio, constituidas por el discurso hegemónico para que se vuelvan más iguales. En la investigación, Dakota, de nueve años, respondía algunas preguntas:

Jimena: ¿por qué crees que te han entrevistado tanto en la televisión?

Dakota: porque mi familia es diferente

Jimena: ¿por qué es diferente?

Dakota: porque tengo dos mamás.

Jimena: ¿eso es muy diferente?

Dakota: no, ellas me cuidan de la misma forma, eso es lo que le digo a todo el mundo.

Con estas palabras con un ligero tono de hartazgo de ser entrevistada una y otra vez sobre la misma temática, Dakota expresa de qué forma la insistencia en caracterizar a su familia de forma distinta no tiene sentido en su vida. ¿Por qué insistimos, entonces, inclusive nombrando a su familia? Por otro lado, dejar que la diversidad de configuraciones sociales y subjetivas continúe siendo invisible y sin la garantía de derechos de protección, seguridad y estabilidad, contribuiría también a la creencia de que el modelo hegemónico (heterosexual) es o debería ser el único existente. De este modo, parece importante continuar visibilizando la diversidad de familias de forma que se amplíe la noción de familia como un grupo social diverso, potente y mutable. Como propone Avtar Brah (2004:114):

«podemos centrarnos en un cierto contexto y diferenciar entre la demarcación de una categoría como objeto de discurso social, como categoría analítica y como sujeto de movilización política, sin hacer suposiciones con respecto a su permanencia o estabilidad a través del tiempo y el espacio».

### **Métodos feministas: potencializando voces**

Carmen Gregorio (2006) expone las principales contribuciones que la epistemología feminista hizo a los procesos investigativos, al problematizar la mirada androcéntrica que contribuía a conocimientos que auxiliaban a la reproducción de desigualdades de género, a partir de sus principios de «neutralidad» y «objetividad» en la ciencia. Esas contribuciones incluyen el análisis de las vidas, interpretaciones, devenires y prácticas de las mujeres como protagonistas en las sociedades. Igualmente, Gabriela Ballesteros (2010) destaca que hay seis temas y modos preferenciales desarrollados por la metodología feminista: la construcción social del género, las experiencias diversas de las mujeres, el contexto de las preguntas de investigación, la posición de quien investiga, las relaciones entre las investigaciones y la relación de poder, advirtiendo también la necesidad de cruzar la categoría género con otras, como la generación, raza/etnicidad, clase, religión y orientación sexual.

Por su parte, Donna Haraway (1995) propone una «objetividad feminista», constituida por los «conocimientos situados», las «perspectivas parciales» y la «locación limitada», alejándose de la idea de la trascendencia y de la separación entre sujeto y objeto. Los conocimientos situados «sustentan la posibilidad de redes de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología» (ídem: 584). Para la autora, esa «práctica de la objetividad privilegia la contestación, la deconstrucción, la construcción apasionada, las conexiones en red, y tiene la esperanza de transformar sistemas de conocimiento y formas de mirar» (ídem: 585).

Con miras a mantener el carácter colectivo de la producción de conocimiento, la presente investigación se apropió de diversas técnicas de investigación. Los encuentros con las sujetas fueron diversos en espacio, tiempo y tipo de dinámica, dependiendo sobre todo de la edad y disponibilidad de las hijas y sus familias. Gran parte de dichos encuentros se llevó a cabo en una iglesia evangélica inclusiva, que

se constituye como un espacio religioso que no solo no condena la homosexualidad, sino que ofrece una ruptura de paradigma en su lectura sobre dicha experiencia. En sus cultos, se destina un espacio para niñas y niños, llamado el Ministerio Infantil, que fue donde entrevistas, juegos y dibujos colectivos e individuales propiciaron nuestras reflexiones con algunas hijas niñas y jóvenes. A partir de esos encuentros, establecimos un vínculo de confianza con algunas hijas y con sus familias, que nos invitaron a sus casas para continuar las conversaciones. En éstas, además de conversar con todas las que participaban en la vivencia cotidiana, intentábamos observar los usos de los espacios, sobre todo de las niñas, el mundo construido por ellas, las rutinas, las fotos que relataban sus biografías familiares, entre otras texturas de sus modos de hacer en el mundo del hogar. Además de las pertenecientes a esa comunidad, realizamos entrevistas con algunas hijas de lesbianas que se desarrollan en los movimientos sociales LGBT y feminista, y con dos hijas adultas que se desarrollan en el medio académico en la búsqueda por la reivindicación de los derechos humanos, incluso cuando sus madres no actúan en ese campo. Dichos encuentros se realizaron en espacios públicos, tales como cafeterías, centros comerciales y universidades. En esos recorridos en el campo, fuimos creando las condiciones para el establecimiento de una relación comunicativa y propiciadora del intercambio de ideas y percepciones.

En el caso de las niñas, fue importante resaltar que ellas fueron participantes activas de la investigación, como deberían ser en la creación de políticas públicas y de la prestación de servicios que les afectan a ellas y a sus familias. Junto a Bianca Guizzo y Jane Felipe (2004) y Anne Smith y Nicola Taylor (2010), a partir del entendimiento de que la infancia es una construcción social y niñas y niños son actores sociales independientes, creemos que la edad no es un indicador de la capacidad para expresar un punto de vista ni para articular verbalmente la propia experiencia. Así, al salirnos de la perspectiva adultocéntrica, las niñas de cualquier edad deben ser consideradas agentes sociales que participan de forma activa, competente, creativa y constructiva de los procesos culturales en los que están involucradas (Rabello, 2008). Esta perspectiva también ayuda a deconstruir el discurso usado frecuentemente al hablar específicamente de las hijas de familias lesboparentales, que les considera aprendices pasivas de modelos que escapan de la norma y, por tanto, susceptibles tanto de volverse iguales a esos modelos como a sufrir la misma discriminación por parte de la sociedad. De esta forma, en el proceso de investigación, tuvimos el mayor cuidado en establecer relaciones de confianza con las niñas y jóvenes, donde se sintieran libres de expresarse. Un elemento interesante en dicho proceso fue el hecho de que una de las investigadoras (Jimena) es extranjera y su lengua de origen es diferente a la usada por las niñas, lo cual les provocaba curiosidad y las hacía reír, e incluso la corregían, lo cual ayudaba a romper una barrera de autoridad que una persona adulta, psicóloga, podría provocar en algún momento.

En este sentido, un concepto importante en la investigación fue el de «implicación», proveniente de la propuesta teórico-metodológica llamada análisis institucio-

nal, que entiende a la implicación como el involucramiento de la o el investigador en el proceso, «la voluntad política de producir nuevos problemas, voluntad de invención» (Conde, Leitao y De Barros, 1992:12). Una investigadora o investigador implicado es aquél «cuyo proyecto político incluye el transformarse a sí misma o mismo y a su lugar social, a partir de estrategias de colectivización de las experiencias y análisis» (Lourau, 1993, p.85). El o ella fluctúa en la propia investigación y en su relación en la investigación, estableciendo vínculos afectivos, históricos y profesionales con personas, grupos, organizaciones y sistemas institucionales (Conde, Leitao y De Barros, 1992). Así, el análisis de las implicaciones «no consiste solamente en analizar a los otros y otras, sino en analizarse a sí misma o mismo en todo momento» (Lourau, 1993:36). Esto dialoga con la metodología feminista (Haraway, 1995), que insiste en la reflexión de por qué y desde dónde la o el investigador se coloca en una posición y cómo lo que sucedió en el campo también deconstuyó aspectos de dicha posición. Como bell hooks (1984) señala, es necesario, para presentar una política de transformación social, que mantengamos nuestras prácticas y miradas fluidas, abiertas y responsivas a los movimientos del tejido social. De esta forma, percibir colectivamente y reportar prejuicios, normatividades y conclusiones apresuradas en nuestros propios pensamientos durante el trayecto de la investigación también formó parte de la epistemología feminista.

## **Análisis empírico**

### *Micropolítica del cotidiano*

Retomando el lema feminista «lo personal es político», podemos considerar la experiencia cotidiana como proceso de significación simbólica. De esta forma, el trabajo de campo consistió en una convivencia en la vida cotidiana de esas hijas y sus familias, incluyendo las técnicas ya mencionadas, adaptándose al momento en el que esas mujeres abrían espacios de reflexión de sus experiencias. A partir de esta comunicación, fuimos construyendo las reflexiones que presentamos a continuación, además de las que ya fueron mencionadas anteriormente. Cabe mencionar la diversidad de historias familiares que pudimos conocer en dicho proceso.

Dakota, de nueve años, negra, fue adoptada desde que nació por Julia, de 33 años, en aquél momento soltera, blanca, en una forma llamada «a la brasileña», es decir, a partir de un acuerdo con la gestante de Dakota desde que estaba embarazada, a través de la ayuda de un abogado. Actualmente, la compañera de Julia, Ingrid, está en proceso de adopción de Dakota, para oficializar una maternidad que ya es totalmente reconocida en la dinámica cotidiana familiar. Incluso, Julia dice, en tono de broma, que se sintió ofendida al ver que, en el celular de Dakota, su número estaba guardado como Madre2 y el de Ingrid como Madre 1, pues ella «fue madre primero».

Maira, de 12 años, negra, nació en un contexto heterosexual, con padre y madre. La madre sufría violencia por parte del marido, lo que llevó al fin del matrimonio.

Tiempo después, comenzó una relación con una mujer, lo cual escondía de Maira y de los hijos de la compañera, que no tardaron en descubrir la relación. Ahora viven todas y todos juntos. Lourdes, de ocho años, blanca, y su hermana Gisele, 14 años, blanca, son hijas de Gaby, hombre transexual, blanco, salvavidas, que tiene una relación con Ana, enfermera, blanca, que acababa de tener un bebé por inseminación artificial casera.<sup>2</sup> Paty, de 12 años, negra, y Erika, de cinco años, negra, también vienen de contextos heterosexuales y sus madres ahora se relacionan con mujeres.

Camila, de 13 años, blanca y João, su hermano de 18 años, blanco, son hijos de dos relaciones heterosexuales de su madre, Laura, de 36 años, blanca, periodista y activista. Laura se asumió como lesbiana cuando Camila y João eran niños y a partir de ahí convivieron con sus compañeras. Cuando Laura fue a vivir a Río de Janeiro, Camila se quedó en Brasilia viviendo con su abuela y Joao se fue a vivir con su padre. Hace un año y medio Camila se mudó a Rio para vivir con su madre. Claudia, de 16 años, blanca, es hija de Olga, de 31 años, blanca, estudiante de psicología y activista voluntaria del movimiento LGBT, y de su padre, que no es muy presente en su vida. Olga tiene otros dos hijos más pequeños, de seis y ocho años, frutos de otra relación heterosexual. Carla, 27 años, blanca, psicóloga, fue adoptada por «madre blanca» y «madre negra» de pequeña, las cuales vivían en pareja en el momento de adoptarla. Continúa en contacto con su madre biológica. Actualmente vive con su compañero. Carolina, de 50 años, blanca, socióloga, viene de un contexto heterosexual, pero tiempo después de la separación, su madre se reconoció como lesbiana y comenzó a relacionarse con una amiga del movimiento comunista.

En toda esta diversidad de configuraciones, fuimos observando varias tensiones. Una discusión importante en la investigación fue el hecho de que se le dé tanto peso a la sexualidad de las madres en las familias lesboparentales, básicamente a partir de tres cuestionamientos. Primero, como si la sexualidad determinara el desempeño de la parentalidad, discurso presente en diversos espacios religiosos y mediáticos. Segundo, como si en las relaciones familiares cotidianas la sexualidad de las madres tuviera tanta relevancia. Carla cuenta una anécdota muy interesante:

«Una vez, una amiga me preguntó porqué mis madres dormían en una cama matrimonial y no en dos individuales. Para mí, la respuesta fue muy simple: es más barata una cama matrimonial que dos individuales. Yo realmente creía eso. No estaba consciente de que ellas eran una pareja. Entonces le pregunté a mi primo y él me dijo que eran una pareja. Entonces le dije eso a mi amiga, sin problemas» Carla, 27 años.

Con esta anécdota, Carla expresa de qué forma la vida sexual de sus madres no era una cuestión para ella, así como no lo es para la mayoría de nosotras y nosotros. Existe, sí, una diferenciación de una afectividad conyugal del resto de las relaciones familiares, pero eso no necesariamente tiene que pasar por el conocimiento de lo que

---

2. Las clínicas de reproducción asistida son extremadamente caras, por lo que algunas personas y familias optan por emplear técnicas caseras, con el uso de jeringas, sondas y con el apoyo de donadores cercanos.

ocurre en la intimidad de cada pareja. Lo cual no significa que en algunas familias la sexualidad de sus integrantes sea tratada con mayor apertura.

Tercero, como si hubiera un vínculo fijo e inamovible entre conyugalidad y parentalidad. Con respecto a este último punto, es importante destacar la crítica feminista al modelo de familia nuclear que se intenta imponer y su insistencia en separar dicho vínculo. Luiz Mello (2005) reflexiona sobre los fenómenos a través de los cuales se puede entender la disociación entre el ejercicio de la sexualidad y la noción de reproducción, en los cuales el feminismo ha jugado un importante papel: el rescate de la legitimidad del placer sexual ha hecho que la sexualidad no esté restringida a los propósitos reproductivos, la posibilidad de involucrarse en una práctica sexual sin generar prole, así como es posible reproducirse sin relaciones sexuales y la disociación entre conyugalidad, parentalidad y reproducción en la constitución de la familia queda explícita en varios formatos de familia: parejas sin prole, familias monoparentales, familias donde la prole de matrimonios anteriores convive con la o el nuevo cónyuge, entre otros arreglos familiares que proliferan. En ese sentido, un tema recurrente para las lesbianas y sus relaciones con sus familias de origen es la parentalidad, especialmente para sus madres, que, al enterarse de que sus hijas son lesbianas, temen perder la oportunidad de ser abuelas. En el caso de Ingrid, mamá de Dakota, ella comenta que comenzó a llevar a Dakota a las comidas familiares antes que a Julia, su compañera, pues para su madre fue más tranquilo aceptar que, «incluso» siendo lesbiana, su hija estaba formando una familia. Esta situación es compleja, pues al mismo tiempo en el que se acepta una configuración familiar que no proviene de un vínculo reproductivo, parece que la única forma de aceptar la lesbianidad es a través de la maternidad.

Esos tres procesos se alimentan constantemente de cuestionamientos, en los planos molar y molecular, de un modelo único de familia, pudiendo pensar en tres planos que se relacionan constantemente. Primero, es importante constituir y reforzar espacios de soporte a esas familias, donde ellas re-entiendan su propio deseo fuera de los parámetros que las limitan, se realicen procesos de sanación de historias de rechazo social y se conozcan otras familias con las que compartan experiencias. En la investigación, espacios como la iglesia inclusiva, los movimientos sociales y los círculos de amistades se mostraron como fundamentales. Segundo, es importante el diálogo entre madres e hijas, justamente para que ejerciten un pensamiento que promueva la pluralidad y multiplicidad de formas de ser y de relacionarse, para que entiendan los propios procesos relacionales dentro del grupo familiar y de donde históricamente viene la discriminación. En algunos casos de las hijas que entrevistamos, tales como el de Paty, había poca información sobre el proceso de asunción de la lesbianidad por parte de las madres, lo cual dejaba confusas a las hijas y sin conocimiento de acontecimientos que las afectan. En otros, como en el de Carolina, la madre inclusive dijo que no deseaba que ella fuera lesbiana, para no sufrir lo mismo que ella estaba sufriendo.

Por último, el tercer plano se refiere a los cambios en el contexto político en que esas familias se insertan. Las luchas del movimiento LGBT y feminista han insistido en la necesidad de discutir, en el ámbito público, cuestiones del orden privado. Como Carolina señaló, a diferencia de su infancia, actualmente hay más elementos disponibles en los medios de comunicación masiva, en el campo educativo e incluso en el religioso sobre esas cuestiones. Eso no significa que la discriminación y la violencia hayan terminado, pero se puede sugerir que las madres lesbianas tienen actualmente más puntos de apoyo para negociar esa información con las hijas y, a su vez, esas hijas también tienen un repertorio mayor que les permite reflexionar sobre las vivencias de las madres y encontrar amparo en las dificultades, así como argumentos que las fortalezcan, situación que, en muchos casos, las propias madres no vivieron, ante la resistencia de sus familias de origen de aceptar su orientación sexual.

### *Desafíos de la lesboparentalidad a la noción de género*

Además de las tensiones concernientes al ejercicio de la sexualidad, pudimos observar que un miedo latente proveniente de la heteronormatividad es que en estas familias hay una «falta de complementariedad de los sexos», lo que supone que las niñas no vana tener referencias masculinas suficientes, pues no hay una figura paterna, lo que provocaría problemas psíquicos. Este discurso parece sugerir supuestas totalidades de feminidad y masculinidad que se condensan en un cuerpo de hombre (el padre) y un cuerpo de mujer (la madre) y que existen solamente en el interior del hogar. Como apunta Joan Scott (1990), el género se inserta en la experiencia subjetiva de la construcción de sí, pero también se relaciona con el poder político, pues «para reivindicar el poder político, la referencia tiene que parecer segura y fija, fuera de cualquier construcción humana, formando parte del orden natural o divino» (ídem: 17).

De esta forma, los géneros son entendidos como estructuras limitadas y opuestas que se articulan a partir de cuerpos sexuados. Este entendimiento ha sustentado a las instituciones políticas que buscan imponer límites sobre la complejidad que implica la vivencia humana. Donna Haraway apunta que «el género es un campo de diferencia estructurada y estructurante, en el cual las tonalidades de localización extrema, del cuerpo íntimamente personal e individualizado, vibran en el mismo campo con las emisiones globales de alta tensión» (1995: 29).

Por su parte, Judith Butler expresa de forma crítica el vínculo entre la noción binaria y fija de género/sexo y la heterosexualidad obligatoria, apuntando que

«la coherencia o unidad interna de cualquier género, sea hombreo mujer, necesita una heterosexualidad estable y de oposición. Esa heterosexualidad institucional exige y crea la univocidad de cada uno de los términos de género que determinan el límite de las posibilidades de los géneros dentro de un sistema de géneros binario y opuesto» (2007: 80).

De esta forma, las normas de género producen subjetividades y estructuran relaciones sociales, naturalizando identidades sexuales y de género a través de la imposición de prácticas reguladoras de coherencia de género. Las familias lesboparentales se alejan de la característica (considerada intrínseca) de la heterosexualidad obligatoria, no basan su organización en una complementariedad biológica de los sexos, lo cual desafía el orden social (Pinheiro, 2006) y muestra las innumerables posibilidades de vida familiar y subjetiva. De esta forma, al prescindir de la figura del padre, por lo menos en la cotidianidad (pues en algunos casos existe el recuerdo o vestigio de la relación con un padre o una «figura paternal», como en el caso de Maira y Camila), esas realidades presentan una ruptura a la lógica que limita toda vivencia social, especialmente la de la familia, a la oposición entre dos géneros. Marillyn Strathern (1995) observa que las mujeres que no buscan esa figura son condenadas por la sociedad, pues huyen de la afirmación occidental de que la procreación debe ocurrir en el contexto de una relación conyugal, sexual, heterosexual, biológica y social. Como esa autora apunta, la «guardiana ideal» del mantenimiento de ese par complementario es la mujer, pues sobre ella recae la responsabilidad de ofrecer un padre a la prole.

En el campo, encontramos una multiplicidad de cuestionamientos a la visión hegemónica de familia. Pudimos ver diferentes cuerpos desarrollando diversas performances de feminidades, tanto en las madres como en las hijas. En los casos de las familias con dos madres, se pudo observar más de una referencia de feminidad en la cotidianidad dentro de casa, y donde las hijas van generando sus propios performances de género, muchas veces totalmente diferentes a dichas referencias. En una ocasión en la que visitamos la casa de Dakota, Ingrid y Julia, mientras recogía la casa, Ingrid dijo: «en casa de mujeres, solo hay calzones», refiriéndose a la cantidad de calzones femeninos colgados para secarse. Sin embargo, los calzones eran muy diferentes, pues las tres tienen performances de feminidad bastante distintos, incluyendo a Dakota, que a pesar de expresar algunas características consideradas femeninas parecidas con Ingrid, tales como el gusto por la repostería, la insistencia en la organización del espacio y la tendencia a responsabilizarse por otras niñas y niños, y otras con Julia, tales como la creatividad y el gusto por el arte, tiene gustos y expresiones particulares, que se expresan, por ejemplo, en sus elecciones de vestimenta. Igualmente, fue muy interesante conocer la familia de Gisele, Lourdes, Gabi y Ana, ya que en el proceso de adecuación sexo-genérica de Gabi, se estaba cambiando la forma en que las niñas se referían a él (de mamá a papá) y el tipo de relación que tenía con Ana (de lesbica a heterosexual).

Por otro lado, en estas familias también es posible observar tensiones entre cristalizaciones y transformaciones de las performances de género. En algunos casos, las propias madres y/o hijas refuerzan los discursos heteronormativos, tales como el entendimiento de la maternidad como inherente y natural. Como fue mencionado anteriormente al hablar de la familia de Ingrid, parece que la maternidad reinscri-

be a las lesbianas en la feminidad, ya que para nuestra sociedad la maternidad es la característica femenina por excelencia (Zauli, 2011).

Muchas veces el rechazo a la lesbianidad, sobre todo por parte de la familia de origen, ha estado relacionado con la supuesta imposibilidad de que las lesbianas tengan prole y cumplan su «papel en el mundo». Sin embargo, desde hace mucho tiempo, lesbianas asumidas o no, han ejercido la maternidad, lo cual en ocasiones ha reforzado la idea de que solas mujeres pueden y deben criar y educar a las proles. De esa forma, podemos escuchar expresiones de parte de las hijas que buscan una legitimidad de su experiencia familiar, pero acaban sugiriendo ciertas esencializaciones y naturalizaciones. Por ejemplo, Maira, que como podemos recordar, viene de un contexto heterosexual en el que el padre golpeaba a la madre, relata:

«cuando mis amigas o mis primos me critican, les pregunto que a quién prefieren: a su mamá o a su papá. Todo mundo dice que su mamá. Entonces yo les digo: “imágnate, yo tengo dos”, esa es la mejor cosa del mundo, las mamás tienen amor para dar y vender, no podría tener dos papás».

Es posible pensar que en la recomposición que ella hace de su historia de vida, ella encuentra un claro sufrimiento ante la violencia, cosa que no vivencia en su experiencia como hija de una familia lesboparental. Sin embargo, parece importante discutir cómo la insistencia en ciertos tipos de legitimidad de vivencias que escapan de algunas nociones cristalizadas puede sustentar otras. Es decir, la expresión de Maira, así como otras encontradas por Patrícia Schwartz (2008), aunque desafíe la visión de la diferencia sexual como constitutiva de una familia, manifiesta la noción cristalizada de que la maternidad, en su forma idealizada, es la mejor forma de parentalidad. Ella dice que no podría tener dos papás, aunque ella conviva con familias homoparentales masculinas dentro de la iglesia inclusiva.

Para Lissandra Moreira y Henrique Nardi (2009:569), la norma de la maternidad «posibilita la idea de un patrón para la maternidad, configurando un modo de ser madre como más adecuado y legítimo». Señalan que las mujeres son convocadas a ejercer la función de madre y de esa forma se produce la idea de una igualdad femenina, discurso que es evidente en el dicho que mencionan: «todas las madres son iguales, solo cambia la dirección». Sin embargo, como ellos señalan, esa uniformidad es únicamente discursiva, pues la diversidad de marcas sociales y contextos que posicionan a esas mujeres como sujetos, permiten diferentes modos de relacionarse con esa norma, diferentes «modos de existir que potencializan otras formas de ser madre» (ídem: 592), diferentes negociaciones de subjetividades múltiples y el propio lugar como madres (Zauli, 2011).

Por lo tanto, la naturalización de la maternidad como la mejor forma de parentalidad sustenta la desigualdad de género, pues continúa perpetuando el discurso binario y jerárquico que separa las características humanas entre cuerpos sexuados, haciéndolos excluyentes. Sin embargo, destacamos que no pretendemos sugerir que las familias lesboparentales deberían ser las únicas o las primeras en cuestionar esos

significados (las divisiones de géneros, la violencia, la maternidad), ya que, al ser parte de esta cultura, las madres lesbianas y sus proles se han vinculado íntimamente con estos y han configurado sus líneas de vida a partir de ellos. La transgresión a las normas no es algo inherente a la orientación sexual, sino una elección política.

No obstante, a partir de las relaciones cotidianas de esas familias, donde emerge una diversidad de experiencias maternas, se propone el vaciamiento del contenido común de la noción de maternidad, para pensar en una definición «abierta, flexible, en construcción y en relación con otros y otras, que pueda desafiar los mandamientos sociales que limita la libertad femenina y establecen un modelo único de ser mujer y de ser madre» (Felitti, 2011:20). Para bell hooks (1984), no se debe reforzar el discurso sexista de que las mujeres son cuidadoras inherentes y que la maternidad es su mayor vocación. Sin embargo, la parentalidad femenina es un trabajo significativo y valioso que debe ser reconocido como tal por la sociedad entera, incluyendo a las activistas feministas.

Las madres de las familias lesboparentales ya desafían la norma de la maternidad en el sentido de prescindir de la heterosexualidad obligatoria atribuida a esta, por lo que es posible expandir el desafío a otras características consideradas inherentes a ese ejercicio. Visibilizando eso, podemos provocar lo familiar, provocar los géneros, observar los *dribles*, los procesos, las decisiones, las negociaciones. De esa forma, al mismo tiempo en que nos encontramos con incorporaciones de discursos heteronormativos, aparecen nítidos ejemplos de un abanico de expresiones de subjetividad con respecto a géneros y parentalidades; existen múltiples devenires en constante expansión, ruptura, en un inacabable caleidoscopio de relaciones con ellas mismas, con las otras integrantes de la familia y con los grupos a los cuales se vinculan.

### *Pluriparentalidad: una propuesta feminista*

Bell hooks (1984,) afirma que la maternidad y la paternidad tienen el mismo significado si pensamos en un contexto de igualdad de responsabilidad en la parentalidad: «debería existir un concepto de parentalidad efectiva que no hiciera distinción entre cuidados maternos y paternos» (ídem: 139). Proponemos, por lo tanto, pensar en una «parentalidad colectiva» como la que sugiere esta autora, que no esté vinculada a «roles» a ser cumplidos, sino a momentos, circunstancias, movimientos, donde las niñas y jóvenes podrían experimentar relaciones con varias personas, donde las y los integrantes de la familia fueran críticos del propio proceso.

La discusión sobre lesboparentalidad puede vincularse íntimamente con la pluriparentalidad, pues en muchas experiencias lesboparentales, los padres y madres biológicos se suman a la composición afectiva y social, como sucede en algunas situaciones de esta investigación. Agnes Fine (2003), indica algunas configuraciones homo/lesboparentales que traen el tema de la pluriparentalidad a la discusión, ante la disociación entre conyugalidad y parentalidad, y los cuales observamos en el

campo: casos donde las hijas son de una unión heterosexual anterior y la madre vive ahora con otra mujer (como Maira), otros donde las niñas son adoptadas por una lesbiana soltera o en pareja y mantienen contacto con su padre y/o madre biológica (como Dakota y Carla), entre muchos otros casos posibles, que problematizan el lugar de cada adulto en la concepción, en la colocación en el mundo, en la educación, en la ley y en las prácticas, como señala dicha autora.

Es posible pensar que el modelo de familia nuclear se limita a eso: un modelo. Observando con detalle, son pocos los casos donde ese núcleo (dos personas adultas cuidando de la prole) puede y desea ser origen y base de la familia, por innumerables razones: divorcio, muerte, carga horaria en el trabajo, infertilidad, entre muchas otras. En la familia heteroparental, el feminismo cuestionó el hecho de que el núcleo debía ser mantenido por la sobrecarga de responsabilidades del hogar y de la familia en la mujer, impidiendo su desarrollo en otros aspectos de la vida. En el caso de la lesboparentalidad, el hecho de que la niña no nazca y/o crezca fuera o más allá del par biológico puede estremecer simbólicamente la nuclearidad de la familia. Eso no significa que muchas familias lesboparentales no deseen y logren mantener en la vida cotidiana una familia más o menos nuclear. El caso de Lourdes y Gisele puede ayudar a dimensionar la complejidad de este campo. Ellas mantienen un vínculo con Tim, ex-esposo de Gabi, padre biológico y social de Lourdes que también asumió la paternidad de Gisele. Incluso, él fue el donador amigo de la reproducción casera de Ana; pero Gabi y Ana no quieren que él asuma la paternidad del niño, pues Gabi quiere asumirla en su performance masculina, y él tampoco está interesado en ser padre del bebé. De esta forma, diferentes lazos jurídicos, sociales, afectivos y biológicos se configuran en esta familia.

En otras familias, las figuras proliferan, como en el caso de Camila. La madre, Laura, tiene muchas hermanas y hermanos con diferencias generacionales considerables, provenientes de diferentes relaciones de la madre. En ese contexto, siempre ha sucedido una intensa circulación de niñas y niños, donde hermanas y hermanos más grandes cuidan a las y los más jóvenes. Así, podemos pensar en las hermanas y hermanos como figuras que comparten algunas funciones parentales, fenómeno que también observamos en otras hijas, tales como Gisele y Lourdes, que cuidan al bebé recién nacido y Claudia, que apoya a su madre Olga cuidando a sus hermanitos, ya que Olga estudia, trabaja, actualmente es soltera y no cuenta con el apoyo de la familia ni del ex-compañero debido a la lesbofobia. En el caso de Camila, Laura también es soltera, pero tiene innumerables figuras parentales, con las cuales ha convivido en temporalidades y espacialidades diversas. Ya vivió con su abuela por más de un año en otra ciudad, su bisabuela y bisabuelo participan dando cariño, cuidado y apoyo financiero. Con su padre mantiene una relación fría, ya que tuvieron varios conflictos. Ella expresa que su hermano Joao, de 18 años, tuvo «más suerte», pues su padre «es más buena onda», pero el suyo «solo sirvió para coger con mi mamá», ya que «yo no lo escogí como padre, no escogí nacer, él lo hizo». De esta forma, ella conoce las implicaciones legales de ese parentesco y expresa que es su obligación dar una pen-

sión, aunque no se vean. Ella hace el ejercicio de escoger las figuras parentales: tiene un «papá amigo» que es amigo de Laura y vivió con ellas por tres años, un padrino que ella escogió, entre otros personajes. De esta forma, las niñas también contribuyen a la configuración de constelaciones de parentalidad. Otras amigas feministas de Laura asumen funciones de compañía y cuidado de Camila cuando Laura viaja, considerando el movimiento de asumir ciertas responsabilidades como una elección política, ya que permiten que Laura se desarrolle profesionalmente sin que su responsabilidad parental, en cierto momento condensada, la obstaculice.

Aquí, rescatamos las reflexiones traídas por las feministas negras con respecto a las realidades de parentalidades de las comunidades afroamericanas. Judith Butler comenta un estudio de Carol Stack sobre parentescos afro-americanos urbanos, donde «el parentesco funciona bien gracias a una red de mujeres, unas relacionadas por vínculos biológicos, otras no» (2003:222). Igualmente, bell hooks nos señala que:

«el cuidado de los y las niñas es una responsabilidad que puede ser compartida con otras personas cuidadoras, con personas que no viven con las y los niños. Esa forma de parentalidad es revolucionaria en esta sociedad porque ocurre en oposición a la idea de que los padres, especialmente las madres, deberían ser las únicas cuidadoras. Ese tipo de responsabilidad compartida puede suceder en comunidades pequeñas donde las personas conocen y confían en las otras. Eso no puede suceder en contextos donde los padres y madres consideran a las y los niños sus “propiedades” o “pertenencias” (...)» (2000:45).

Esta distribución de responsabilidades en la comunidad todavía puede ser vista en las clases populares, por lo que es posible ver que el estremecimiento del modelo de familia nuclear no implica un «avance» o «evolución», sino una reflexión de cómo, en las maneras de hacer (anteriores, paralelas o posteriores en las temporalidades y espacialidades), en las praxis, en el caleidoscopio de la experiencia cotidiana, lo que el discurso establece como ideal es una visión limitada. Eso provoca que al no ser alcanzado ese modelo, los miembros de la familia sufran al considerarla un fracaso y la sociedad la considere «incompleta», «desestructurada», en un lugar jerárquicamente más bajo. Lo que la reflexión sobre los «modos de hacer» cotidianos trae es la observación de la fragilidad de ese modelo.

Así, si profundizamos en la complejidad cotidiana, podemos comenzar a reconocer múltiples figuras parentales. Principalmente, nos parece que las abuelas cumplen papeles extremadamente importantes en las vidas de las niñas, o por lo menos en las sujetas de esta investigación, que viajan con sus abuelas o incluso viven con ellas, aun siendo las madres de aquellas mamás que todavía no son reconocidas jurídicamente, como la mamá de Ingrid, que aún está en proceso de adoptar formalmente a Dakota. Sin embargo, existen ocasiones en que las abuelas no quieren ser consideradas dentro de esa dispersión de responsabilidades, a veces por proyectos personales, a veces, infelizmente, porque no logran lidiar con la lesbianidad de las hijas y se alejan de las nietas, como es el caso de la mamá de Olga, madre de Claudia.

Por otro lado, existen figuras que, aunque no ejerzan cuidado o responsabilidades, tienen un vínculo con la niña o joven que parece imposible de negar: el biológico, donde se integran al espectro parental padres biológicos (como el de Maira) o gestoras (como la de Carla), en el caso de las niñas y jóvenes que fueron adoptadas de pequeñas y consideran a su mamá o mamás como sus madres y son quienes ejercen el cariño, la responsabilidad y el cuidado, pero continúan en contacto o conocimiento de quienes las parió.

Ante esto y retomando la reflexión de las redes de mujeres negras, es interesante pensar en el establecimiento de redes de cuidado, responsabilidad, relaciones parentales, sin que ellas surjan necesariamente a partir de un lazo biológico, jurídico o amoroso (en el sentido conyugal). La «familia escogida» aparece como importante en estas familias, en la cual pueden participar tanto amigas y amigos homosexuales, como heterosexuales. Esta familia ofrece sociabilidad, apoyo, reconocimiento, afecto y reciprocidad. A partir de esto, al pensar en el contexto de la pluriparentalidad, las figuras parentales no son restadas, sino sumadas, en una infinita expansión del devenir familia, con personas con diversas inversiones de performances de género, expresiones de la sexualidad, formas y momentos de ejercer la parentalidad.

Este tipo de redes ya existía, pero el hecho de entenderlas como políticas parece sugerir un nuevo momento para pensar las familias. Así, volvemos a las reflexiones de bell hooks (1984), que no solo alcanzan a las familias lesboparentales, sino a todos los arreglos familiares. La parentalidad colectiva que esa autora propone se configura como una dispersión comunitaria de cuidado, responsabilidad y disciplina. Esta dispersión necesita, antes que cualquier cosa, tener un proyecto concreto de erradicación del sexismo, e incluimos, de la heteronormatividad, dentro del ámbito familiar y de la sociedad en su conjunto.

## **Conclusión**

A lo largo de este texto, intentamos mostrar algunos caminos recorridos en el proceso de la investigación. Lo que trajo este ejercicio fue una experiencia sensorial de las líneas que atraviesan, cristalizan, se rompen y explotan en las vivencias de algunas hijas de familias lesboparentales. El campo se presentó en múltiples texturas, pasajes e intensidades, que fueron exploradas a través de herramientas metodológicas feministas, en diálogo con nociones y propuestas postestructuralistas, que comparten elementos tales como el profundo compromiso de la y el investigador y la producción de sentidos de forma colectiva, junto con las sujetas de investigación. Así, diferentes técnicas de investigación dieron cuenta de la variedad de situaciones, generaciones de las sujetas, lugares y momentos de la investigación. Al transitar por diversos espacios, el trabajo de campo y la investigación como un todo fue construido a partir de la noción de procesualidad, de inversión, reflexión y modificación de los juegos de fuerzas entre quienes participamos de la investigación, constituyéndose una metodología rizomática.

Como plataforma de análisis durante la investigación, se realizó un diálogo entre elementos del feminismo crítico y del postestructuralismo. A partir de ambas perspectivas se ha realizado un intenso cuestionamiento y desestabilización de nociones cristalizadas, destacando en el texto a la sexualidad y la familia. La profunda crítica a la desigualdad social que el feminismo ha hecho (como movimiento y como epistemología) y la visión caleidoscópica del postestructuralismo permitieron entender a estas dos nociones como dispositivos que nuestras sociedades han presentado como fijos y modeladores, pero que en los flujos y juegos de fuerzas se han mostrado capaces de producir múltiples posibilidades.

En el proceso de cuestionamiento al modelo hegemónico de familia, el trabajo que los movimientos sociales han hecho en la ampliación de las referencias y en la construcción, visibilización y defensa de formas de existir diferentes a la hegemónica ha sido fundamental. Así, aún con algunas rispideces, el movimiento feminista y el movimiento LGBT se han involucrado en importantes luchas que confrontan constantemente la heteronormatividad como única referencia de expresión sexual y familiar. Aparecen varias tensiones, tales como la que se plantea entre la reafirmación del derecho a la maternidad para las lesbianas y la naturalización de esta como inherente a las mujeres, o aquella en la que las familias, a pesar de proponer en la cotidianidad configuraciones que huyen de los modelos hegemónicos, buscan la legitimidad en el Estado, la religión, el mercado, la escuela, la familia extensa y los medios de comunicación masiva.

Gilles Deleuze (1992:214) señala que la creación de modelos es inevitable para la supervivencia de las minorías y que esta puede coexistir con los devenires, los procesos y la potencia de lo que ellas supieron crear. Así, al mismo tiempo en que se constituyen y consolidan líneas de captura, logramos ver en el campo una inmensa variedad de configuraciones familiares, una diversidad de realidades, una pluralidad de experimentaciones de las propias subjetividades y una polifonía de negociaciones de las relaciones de las que participan las hijas. Como fue posible ver en el campo, el cuestionamiento de los valores hegemónicos no es inherente a ninguna característica de las sujetas, sino una elección política. Igualmente, las configuraciones lesboparentales pueden ser entendidas como un campo potente para reflexionar, no tienen el compromiso de ser una esencia transgresora. Así, es pertinente promover una reflexión sobre las prácticas que no se encuadran en los patrones, reverberando la idea de que las expresiones sexuales, afectivas y familiares son múltiples y en constante proliferación. Y, de esa forma, visibilizando y abrazando la pluralidad social, como intentamos hacer en esta investigación, sería posible elaborar estrategias específicas para presionar el campo político para ensancharse y, por lo tanto, generar diferentes mecanismos que aseguren los derechos de todas las personas y relaciones.

Félix Guattari y Suely Rolnik (2011) proponen que lo que caracteriza a los movimientos sociales no es únicamente una resistencia contra el proceso de serialización de la subjetividad, sino el intento de producir modos de subjetivación originales y singulares que sean auto-modeladores, que capten los elementos de la situación,

que construyan sus propios tipos de referencias, sus propias cartografías. Con esto, se posibilita la libertad de vivir sus propios procesos, la articulación con otros procesos de singularización y, por lo tanto, la producción de aperturas (a través de cuestionamientos) en el sistema de subjetividad dominante, lo que tiene alcances políticos.

De esta forma, las experiencias de lesboparentalidad aparecen como posibilidades de desafío a la heteronormatividad y al patriarcado, lo que puede constituir las como procesos de singularización. ¿Se transforma la institución familiar a partir de estas experiencias? No necesariamente, pues todavía tenemos que hacer muchas preguntas, pero ellas ya se presentan como perturbaciones a algunos componentes del modelo familiar vigente. Así, parece importante rescatar esas perturbaciones y radicalizarlas con el objetivo de hacer propuestas de recomposición del sistema de derechos, de crear contenidos mediáticos nuevos, de reformular los currículos, de pensar nuevos caminos de la ciencia, construyendo acciones que contribuyan al debilitamiento de los patrones que insistentemente buscan valorizar ciertas formas de vida en detrimento de otras. Dicho objetivo es, a nuestro parecer, incuestionablemente feminista.

## Bibliografía

- Almeida, G. (2005). Da invisibilidade à vulnerabilidade: percursos do «corpo lésbico» na cena brasileira face à possibilidade de infecção por DST e Aids. (Tesis doctoral). Universidade do Estado do Rio de Janeiro.
- Ballesteros, G. (2010). «Conocerte en la acción y el intercambio. La investigación: acción participativa». En: Graf, Norma; Palacios, Fátima y Everardo, Maribel. *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. Ciudad de México: CEIICH-UNAM.
- Brah, A. (2004). «Diferencia, diversidad, diferenciación». En: EskaleraKarakola. *Otras inapropiables, feminismos desde las fronteras* (p. 107-136). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Butler, J. (2003). «O parentesco é sempretido como heterossexual?» *Cadernos pagu*, 21:219-260.
- (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Careaga, G. (2011). «La sexualidad silenciada». En Marquet, Antonio (org). *Hegemonía y desestabilización: diez reflexiones en el campo de la cultura y la sexualidad*. Ciudad de México: EÓN sociales.
- Carrara, S. y Vianna, A. (2008). «Os direitos sexuais e reprodutivos no Brasil a partir da “Constituição Cidadã”». En Oliven, Ruben; Ridenti, Marcelo y Brandao. Gildo. (Org.). *A Constituição de 1988 na vida brasileira*. 334-359. São Paulo: Aderaldo & Rothschild.
- Conde, H.; Leitao, B. y De Barros, R. (1992). *Grupos e instituições em análise*. Rio de Janeiro: Rosa dos Tempos.
- Deleuze, G. (1992). *Conversações*. São Paulo: Editora 34.
- Felitti, K. (2011). «Introducción». En — (coord.) *Madre no hay una sola: experiencias de maternidad en la Argentina*. 23-52. Argentina: Ediciones Ciccus.
- Fine, A. (2010). «Vers une reconnaissance de la pluriparentalité?», *Esprit*, 273:40-52.

entramados y perspectivas, vol. 5, núm. 5, págs. 113-133 (oct. 2014/sept. 2015)

- Gollop, M. (2010). «Entrevistar a los niños: una perspectiva de investigación». En Smith, Anne; Taylor, Nicola y Gollop, Megan (coord.). *Escuchemos a los niños*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gregorio, C. (2011). «Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder». *Revista de Antropología Iberoamericana* 1:22-39.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2011). *Micropolítica: cartografías do desejo*. Petrópolis: Vozes.
- Guizzo, B. y Felipe, J. (2004). «Estudos Culturais, Gênero e Infância: limites e possibilidades de uma metodologia em construção». *Seminário Brasileiro de Estudos Culturais em Educação*, 1. Canoas: Ed. da Ulbra.
- Haraway, D. (1995). «Saberes localizados: a questão da ciência para o feminismo e o privilégio da perspectiva parcial». *Cadernos pagu*, 5:7-41.
- hooks, b. (1984). *Feminist theory: from margin to center*. Cambridge: South End Press.
- Lourau, R. (1993). *Rene Lourau na UERJ 1993: análise institucional e práticas de pesquisa*. Rio de Janeiro: UERJ.
- Maffia, D. (2007). «Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia». *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 28.
- (2008). «Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica». *Seminario de epistemología feminista, Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires.
- Mello, L. (2005). *Novas famílias: conjugalidade homossexual no Brasil contemporâneo*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Miskolci, R. (2007). «Pânicos morais e controle social- reflexões sobre casamento gay». En R. Miskolci y J. Simões (Org.). *Cadernos Pagu, Dossier Quereres*. 28:101-28.
- Moreira, L. y Nardi, H. (2009). «Mãe é tudo igual? Enunciados produzindo maternidade(s) contemporânea(s)». *Revista Estudos Feministas*, Florianópolis, 2(7):569-594.
- Pinheiro, C. (2006). «Uma família de mulheres. Ensaio etnográfico sobre homoparentalidade na periferia de São Paulo». *Rev. Est. Feministas, Florianópolis*, 14(2):535-47.
- Rabello, L. (2008). «Conhecer, transformar(-se) e aprender: pesquisando com crianças e jovens». En Rabello, Lucia y Lopes, Vera. *Pesquisa-intervenção na infância e juventude*. p. 21-42. Rio de Janeiro: Tarepa.
- Rich, A. (2007). «Heterossexualidade compulsória e existência lésbica». *Bagoas: revista de estudos gays* 1(1):17-44.
- Rios, R. R. (2007). «União homossexual: adaptar-se ao direito de família ou transformá-lo? Por uma nova modalidade de comunidade familiar». En M. Grossi, A. P. Uziel y L. Mello. *Conjugalidades, parentalidades e identidades lésbicas, gays e travestis*. p.109-29. Rio de Janeiro: Garamond.
- Schwartz, P. (2008). «Las lesbianas frente al dilema de la maternidad». En M. Pecheny, Mario; C. Figari y D. Jones (comp.). *Todo sexo es político: estudios sobre sexualidades en Argentina*. 193-214. Argentina: Libros del Zorzal.
- Scott, J. (2005). «La política familiar feminista». *Debate feminista: matrimonio homosexual familia homoparental*, 16(32):37-51.
- Smith, A.; Taylor, N. y Gollop, M. (2010). *Escuchemos a los niños*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Strathern, M. (1995). «Necessidade de pais, necessidade de mães». *Revista de Estudos Feministas*, 3(2): 303-329.
- Vale de Almeida, M. (2007). «O casamento entre pessoas do mesmo sexo. Sobre “gentes remotas e estranhas” numa “sociedade decente”». En M. Grossi, A. P. Uziel y L. Mello. *Conjugalidades, parentalidades e identidades lésbicas, gays e travestis*. 153-168. Rio de Janeiro: Garamond.
- Vianna, A. y Carrara, S. (2008). «Políticas sexuales y derechos sexuales en Brasil: estudio de caso». En R. Parker, R. Petchesky y R. Sember (ed.). *Políticas sobre sexualidad: reportes desde las líneas del frente*. México: *SexualityPolicy Watch*, 27-55.
- Zauli, A. (2011). «Famílias homoafetivas femininas no Brasil e no Canadá: um estudo transcultural sobre novas vivências nas relações de gênero e nos laços de parentesco». (Tesis doctoral). Universidade de Brasília.